

Jean Genet

Querelle de Brest

Prólogo de Eduardo Mendicutti

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada, Clásicos mínimos, Nadadores
Fecha de Publicación: 12/08/2020
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Jean Genet: Querelle de Brest

Prólogo de Eduardo Mendicutti. Traducción de Felicitas Sánchez Mediero
Barcelona, 2004, Debolsillo. De la primera edición completa de 1947.



Un clásico ya de la literatura homosexual, pero que desborda esa categoría misma de homosexualidad por incorporar otras más amplias como la marginalidad, el malditismo, la delincuencia o la contestación radical formal a una sociedad injusta y cínica. Pansexualidad y violencia, delincuencia y deseo, la belleza del mal y del gesto macarra, la pasión del suburbio, la poesía de lo abyecto...

La idea de crimen evoca con frecuencia el mar, a los marinos. Mar y marinos no se presentan entonces con la precisión de una imagen, sino que el crimen hace más bien que la emoción bata contra nosotros en oleadas. Que los puertos sean cien veces el escenario reiterado de los crímenes resulta de fácil explicación, y no profundizaremos en ello, pero numerosas son las crónicas en las que se narra que el asesino fue un navegante, verdadero o falso, y en este último caso aún son más estrechos los lazos que el crimen mantiene con el mar. (p.17, inicio del relato).

Con este inicio lanza Genet el ritual literario que es *Querelle de Brest*, el marino que asesina o roba a quien seduce, que mata a quien se le entrega, que hechiza para humillar o se somete gustoso para salvar su diferencia y su autonomía de asesino libre y siempre en tránsito o en fuga de su sombra y de su destino. Pura poesía del desarraigo, de la inadaptación, de la pasión por el mal como antídoto a una moral burguesa que a la larga es el mismo dominio sobre el otro para esclavizarlo y no por puro placer estético sino por otro aún más mezquino y despreciable interés material; cultura y moral ladrona que condena al verdadero artista de la maldad del que Querelle es una metáfora o una estilización. A la larga, el único modelo poético posible para esa cultura llamémosle burguesa, mejor traidora, modelo traidor que traiciona a quien le cede su alma, siempre y en todo lugar, alma condenada a morir a sus manos.

Una de las líneas de la trama novelesca lo construye el autor con textos de un “cuaderno íntimo” de un oficial del barco en el que Querelle es marinero, perdidamente enamorado de su subordinado, quien lo intuye y utiliza esa seducción oculta para todos con gestos y guiños de calculada ambigüedad. “Este diario no puede ser más que un libro de preces”. Y es ahí, en donde, en los primeros fragmentos reproducidos, aparece con naturalidad la figura del Nadador. Aunque no un nadador físico, él o Querelle en plena actividad física, sino un nadador primero como gesto atolondrado pero estético y muy descriptivo, en un momento de observación y de obsesión por su marinero amado...

Otra vez he vuelto a llevarme sin querer las cortinas de la puerta.
He sentido que querían envolverme en sus pliegues y no he podido resistir la tentación del bello ademán de deshacerme de ellas.
Ademán de nadador que aparta el agua.

Regreso. Voy pensando aún en la vida de ese cigarrillo preso entre los dedos del marinero. Un cigarrillo hecho. Echaba humo, hacía ligeros movimientos entre los dedos casi inmóviles de Querelle, que estaba lejos de sospechar la vida que infundía a la colilla. Me era imposible apartar la vista, no ya de los dedos, sino de aquel objeto que cobraba vida por obra de ellos. Y ¡cuán grácil la vida que cobraba, cuán elegantes los movimientos, finos y chispeantes! Querelle estaba oyendo hablar de las putas del burdel a uno de sus compañeros.
(p. 111)

Situaciones estéticas y calientes evocadas por el oficial perdidamente enamorado: “¡Querelle! ¡Todos los Querelles de la Armada! ¡Hermosos marinos, poseéis la dulzura de la avena loca!” Cuya posesión física de todos sus subordinados no puede ser más que un sueño mórbido, amanerado, secreto suplicio. Y de nuevo ahí salta esa metáfora del Nadador.

Estamos mar adentro. Tempestad. En caso de naufragio,
¿qué haría Querelle? ¿Trataría de salvarme? Ignora que le amo.
Yo trataría de salvarle, pero intentaría que fuera él quien me salvara.
En los naufragios cada cual lleva consigo lo que le es máspreciado:
un violín, un manuscrito, fotos... Querelle me llevaría a mí.
Sé que salvaría ante todo su belleza,
aunque para eso tuviera yo que morir.
(p. 114)

La tercera y última vez que aparece el Nadador, también como metáfora, está relacionada con otro personaje trágico de la novela, Gil el albañil, poco más que adolescente, que terminará matando a su acosador, otro albañil cínico y mayor que siempre le humilla en público con procacidades; por ello será perseguido por la policía y se convertirá en otra víctima engañada de Querelle. Está en una reflexión previa a la desgracia que le sucederá.

Los amores más sanos, esos “contactos de epidermis” no son tan claros y luminosos como se dice. Si de repente, el joven nadador de la playa se levanta hacia la hermosa chica desnuda que lo acaricia como a nosotros la bragueta o el pulgar de un soldado, el contacto de su pecho, o de sus caderas, el hueco de su nuca, contienen una región de sombra que suele devorar la razón del nadador. Más allá solo queda un deseo oscuro. Así que nada impedirá que nos internemos en esa zona oscura donde sucumbe nuestra razón si debemos conocer la felicidad. No hablamos de la apariencia de misterio que puede sostener un ritual repetido, sino de las regiones sombrías que la imaginación descubre, en las cuales la penetración de nuestra mirada no llega a apartar las tinieblas, a medir la profundidad; en frente de las cuales nos captura el vértigo. En ellas nos perdemos para elaborar los ritos de un culto eterno. Habiéndose puesto el sol hacia el atardecer de aquel mismo día, la niebla amortajó la ciudad. Gil estaba seguro de encontrar a Roger en la explanada. Callejeó durante algunos minutos...
(p.124)

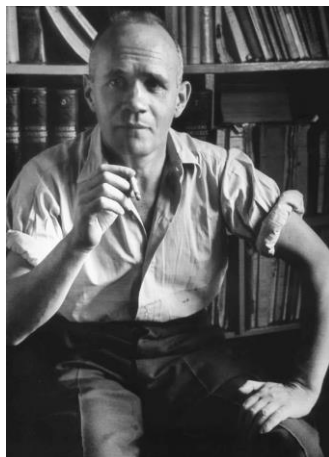
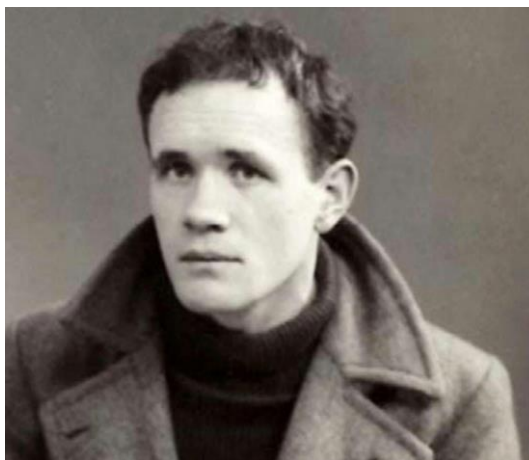
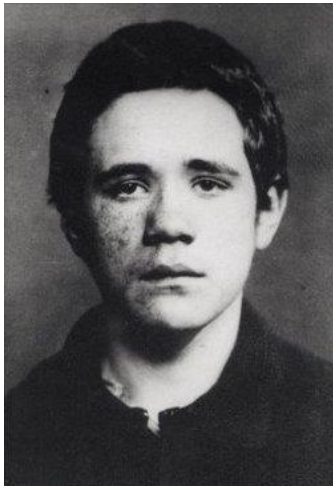
Una transición literaria modélica hacia la tragedia, hacia lo oscuro de la fatalidad que culminaría en el crimen y en la desgracia, una vez más, desde la luminosidad inicial del joven nadador en la playa, al anochecer del descampado y las callejas de la taberna del crimen...

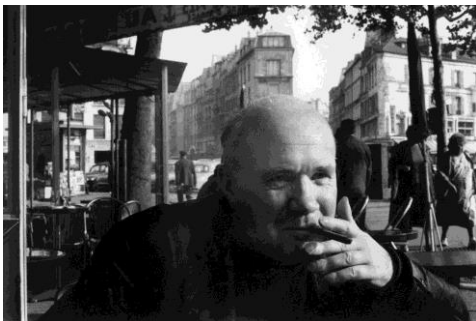
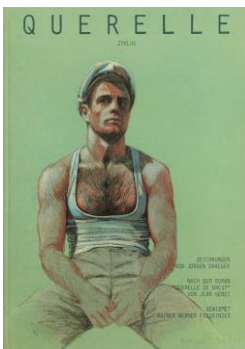
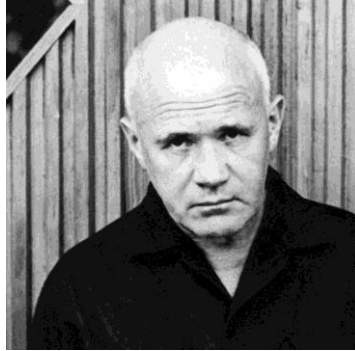
Ya no hay más nadadores en la novela de Genet, con ese Querelle que purga sus crímenes secretos con amores procaces y turbios con el policía Mario y con un patrón de burdel, que deja siempre, de alguna manera, en el aire, manteniendo la tensión de historias incompletas o sólo sugeridas, con intermedios literarios de gran altura expresiva. Ya al final (p.292) parece querer abreviar con ironía e incluso sugiere posibles desarrollos que no va a continuar...

Este libro dura ya demasiadas páginas y nos hastía.
Anotemos, pues, la profunda esperanza de los jóvenes detenidos
cuando se enteran de que su juez y su abogado es una loca.

Esta novela aparecida poco después del fin de la II guerra mundial fue vista como plenamente subversiva, antisistema, amoral o como se la quiera tildar desde el inicio, y entusiasmó a importantes literatos franceses como Sartre mismo o Cocteau. La imagen de Genet y de Querelle se convirtieron también en una suerte de icono homosexual, primero, y revolucionario o transformador a la larga también, en esa misteriosa – o no tanto – conjunción entre la diversidad sexual y la revolución o esa necesidad de cambiar el mundo o la sociedad que está en la base de toda contestación transformadora.

He aquí una simple selección de imágenes, sin comentario alguno, pues tienen fuerza de por sí para corroborar esa conjunción casi lógica entre diversidad sexual y revolución social, que de alguna manera Genet llevó a su culminación al final de su vida con su apasionada toma de partido por los palestinos oprimidos, despojados y humillados por el estado de Israel, de alguna manera símbolo de una actitud contestataria a nivel global aún hoy día.





De estas miradas, procedentes de algunos de esos retratos, sólo la última es de un retrato improbable... Pero ya da lo mismo, vida y leyenda, historia y literatura terminan por confluír, perfeccionarse, complementarse.

